

EL POTRO OSCURO

MIGUEL HERNÁNDEZ

Una vez había un potro oscuro. Su nombre era Potro-Oscuro.

Siempre se llevaba a los niños y las niñas a la Gran Ciudad del Sueño.

Se les llevaba todas las noches,

Todos los niños y las niñas querían montar sobre el Potro-Oscuro.

Una noche encontró un niño. El niño dijo:

Llévame, caballo pequeño
a la Gran-Ciudad-del-Sueño!

—Monta!— dijo el Potro-Oscuro.

Montó el niño, y fueron galopando, galopando,
galopando.

Pronto encontraron en el camino a una niña. La niña dijo:

Llévame, caballo pequeño,
A la Gran-Ciudad-del-Sueño!

Montó la niña, y fueron galopando, galopando,
galopando.

Pronto encontraron en el camino un perro blanco.
El perro blanco dijo:

Guado, guado, guaguado!
A la Gran-Ciudad-del-Sueño
quiero ir montado!

—Monta!— dijeron los niños.

Montó el perro blanco, y fueron galopando,
galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino una gatita negra.

La gatita negra dijo:

Miaumido, miaumido, miaumido!

A la gran-Ciudad-del-Sueño
quiero ir, que ya ha oscurecido!

—Monta!— dijeron los niños y el perro blanco.

Montó la gatita negra, y fueron galopando, galopando,
galopando.

Pronto encontraron en el camino una ardilla gris.

La ardilla gris dijo:

Llévenme ustedes, por favor,
a la Gran-Ciudad-del-Sueño,
donde no hay pena ni dolor!

—Monta!— dijeron los niños, el perro blanco y la
gatita negra.

Montó la ardilla gris, y fueron galopando, galopando,
galopando.

Galopando y galopando, hicieron leguas y leguas
de camino.

Todos eran muy felices. Todos cantaban, y cantaban,
y cantaban.

El niño dijo:

Deprisa, deprisa, Potro-Oscuro! Ve más deprisa.

Pero el Potro-Oscuro no quería ir deprisa!

El Potro-Oscuro iba despacio,
despacio, despacio. Había llegado a la
Gran-Ciudad-del-Sueño.

Los niños, el perro blanco, la gatita
negra y la ardilla gris estaban dormidos.

Todos estaban dormidos al llegar el
Potro-Oscuro a la Gran-Ciudad-del-
Sueño.



UN HOGAR EN EL ÁRBOL

MIGUEL HERNÁNDEZ

Un día Nita vio un nido en el árbol, que había junto a su ventana.

—Toñito! —dijo a su hermano—. Se ve un nido en el árbol. Y dentro hay huevos. Uno, dos, tres, cuatro huevos!

En esto, vino un pájaro loco al árbol, se fue derecho al nido y se sentó sobre los huevos.

Mira! Mira! —dijo Toñito—. Hay un pájaro. Es el pájaro madre.

—Sí! —dijo Nita—. Yo veo al pájaro padre también. Qué feliz es!

Una mañana Toñito dijo: «Ven conmigo Nita! Mira el nido ahora».

Nita miró el nido. Adivina qué vio dentro.

—Ooooooh! —dijo la niña—. Uno, dos, tres, cuatro pájaros pequeñitos! Qué graciosos pájaros tan pequeñitos!

Pronto los pajaritos se hicieron grandes. Y querían volar.

—Mira! —dijo uno de ellos a los otros!— Yo puedo volar. ¿Queréis verme volar?

Hop, hop, hop! Y el pajarito que quería volar cayó en tierra al intentarlo.

Vino el pájaro madre. Y también vino el pájaro padre. Ellos no podían ayudar a su hijito, que se les había escapado del nido.

Pero Nita le cogió al pie del árbol.

—Ven aquí, Toñito! —dijo la niña—. Este pequeñito cayó del nido. Nosotros debemos ayudarle.

Tomó Toñito el pequeño pájaro, subió con él delicadamente sobre el árbol y le puso dentro del nido.

Un día el pájaro padre dijo:

—Venid, venid, venid, hijitos míos, pajarillos de mi corazón! Ahora ya podéis volar. Volad, volad conmigo!

El pájaro madre también dijo:

—Volad, niñitos míos y del aire! Volad, volad conmigo!

Y los cuatro pajarillos echaron a volar. Y el pájaro padre iba delante. Y el pájaro madre iba detrás.

Nita y Toñito les despidieron gritando:

Hasta la vuelta, pequeñuelos
y que no os vayáis a perder
en las estrellas de los cielos.
Venid siempre al atardecer.



EL CONEJITO

MIGUEL HERNÁNDEZ

A un conejito se le ocurrió echar a correr.

Corría y corría, y no dejaba de correr.

Corrió tanto que pronto se encontró junto a un huerto cercado.

—Éste debe ser un huerto muy rico porque está cercado —dijo el conejito—. Yo quiero entrar. Veo un agujero, pero no sé si podré entrar por él. Hop! Hop! Hop!

Sí que pudo entrar el conejito en el huerto por aquel agujero que había visto. Y una vez dentro, se sintió feliz.

—Aquí tengo yo una buena comida. Menudo atracón voy a darme!

El animalito se puso a comer, y no se cansaba de comer en las berzas, en las coles, en las habas, en las berzas y en las coles. Comió durante todo el día.

Y así que el día llegó a su fin, dijo el conejito:

—Ahora yo debo marchar a casa. En casa me aguarda mi madre. Se me había olvidado mientras comía.

Tres veces intentó salir por el pequeño agujero, y no lo consiguió ni la primera ni la segunda ni la tercera vez.

—Ay, madre mía! —gritó—. No puedo salir. Este agujero es demasiado pequeño. Me he pasado todo el día comiendo y ahora estoy demasiado grueso. Ay, que no puedo salir! Ay, madre mía!

En esto, llegó un perro al huerto. Y vio al conejito.

—Guau! Guau! Guau! —dijo—. Hoy estoy de broma y veo un conejo. Voy a bromear con él.

Echó a correr el perro bromista derecho al conejito.

—Un perro viene —dijo asustado éste—. Un perro viene! Con lo poco que a mí me gustan los perros! Yo debo salir de aquí. Ay, madre mía!

El conejito corrió, y corriendo vio un agujero grande.

—Por aquí me escapo —dijo—. A mí no me gustan los perros. Ya estoy fuera del huerto y lejos de los colmillos del perro. Gracias a mi vista y a mis patas!

Efectivamente, cuando el perro salió por el agujero grande detrás del conejito, éste ya se encontraba en los brazos de su madre, en la madriguera. Y su madre le reñía diciéndole:

—Eres un conejo muy loco. Me vas a matar a sustos ¿Qué has hecho por ahí todo el día?



LA GATITA MANCHA Y EL OVILLO ROJO

MIGUEL HERNÁNDEZ

Había un ovillo en el costurero. Era un ovillo muy grande y muy rojo. Era un ovillo muy bonito. La gatita Mancha dijo al verle:

Miaumero! Miaumero!
Una pelota roja.
Yo la quiero. Yo la quiero,
aunque me quede coja.
Yo llegaré hasta el costurero.
El costurero está muy alto.
Pero todo será cuestión
de dar valientemente un salto
aunque me lleve un coscorrón.

Saltó la gatita Mancha. Cayó dentro del costurero. El costurero, el ovillo rojo y la gatita Mancha cayeron de la mesa y rodaron por el suelo. Dijo la gatita:

Miaumiar! Miaumiar!
Yo no puedo correr!
Yo no puedo saltar!
Yo no puedo ni un pelo mover!
Quién me quiere ayudar?

Al oírla, vino Ruizperillo. Y vino su madre. Y la hermanita de Ruizperillo también vino. Y toda la familia de Ruizperillo vino a ver la gatita Mancha enredada en el ovillo. Todos reían viéndola cada vez más enredada en el algodón del ovillo rojo. La madre de Ruizperillo dijo:

Mancha, Manchita,
usted está de broma.
Ahora necesita
mi ayuda, gatita, paloma.
Este ovillo
no es para una gata pequeña,
sino para una que enseña
viejo el solomillo,
vieja la nariz y aguileña.
No sabe usted
bordar ni coser,
gatita de dientes
y uñas de alfiler.

Toda la familia de Ruizperillo rió hasta que la gatita Mancha salió de su cárcel de algodón. Entonces, Ruizperillo dejó en el suelo su pelota de goma para que Mancha jugara con ella. Y la gatita echó a correr asustada y diciendo:

Fus! Fus! Parrafús!

Porque el gato más valiente,
si sale escaldado un día,
huye del agua caliente,
pero, además, de la fría.

